

CONFERENCIA

LEIDA EN HOMENAJE AL

MAESTRO ARBÓS

POR EL EMINENTE COMPOSITOR

Don Conrado del Campo Zabaleta

EN EL ESTUDIO DE «UNIÓN RADIO»

EL DÍA 20 DE DICIEMBRE DE 1933



MADRID

Cartelera de Sucesores de R. Velasco. S. L.

1933

glorioso maestro, responde a tan noble sentido de respeto, de justa medida en las relaciones profesionales, de confraternidad entre los Maestros, de clara comprensión de la finalidad artística a que responden unos, y otros y todos, en fin, en colaboración tan amplia como desinteresada, que es merecedora de los más calurosos plácemes, de cuantos deseamos que este justo homenaje tributado a Arbós, sea al propio tiempo una llamada de atención a cuantos creen en la redención de los pueblos por el progreso y la cultura, y tanto esperan de la importancia y significación de la música en estos elevados aspectos de la civilización.

CONRADO DEL CAMPO.

Un incidente de carácter económico, ocurrido en el año 1903, determinó la suspensión de las actividades musicales de la veterana Sociedad de Conciertos de Madrid, organismo prestigioso en aquella época y al que debía la afición madrileña su iniciación en los puros goces de la música sinfónica, desde Haydn hasta Schumann, y el conocimiento e interna comprensión de las sublimes creaciones del genio de Beethoven. Por el ariel directorial de la Sociedad de Conciertos, desfilaron buen número de prestigios de la batuta, tanto españoles como extranjeros, destacándose entre otros ilustres nombres, los de Mancinelli, de quien nunca debería olvidarse la música española por lo mucho que debe a sus ya lejanas iniciativas; Hermann Levi, a quien confiara el propio Wagner el estreno de «Parsifal» en el año 1882; Zumpe, Muck, Ricardo Strauss, en plena actividad de producción impetuosa y radiante, Félix Weingartner y tantos otros representantes de la admirable escuela de

«Kapellmeister», nacida al calor del esplendoroso desenvolvimiento de la música instrumental y de los conciertos sinfónicos en Alemania durante el siglo XIX.

Pero apesar de ello y de los loables esfuerzos realizados por la benemérita orquesta de Conciertos madrileña, su existencia había de cesar, cumplida ya la misión objeto de su vida; la finalidad de sus actuaciones en relación con los gustos y la sensibilidad del público que la escuchaba y el estado de la música en nuestra capital en aquel momento.

Los programas de la Sociedad de Conciertos quedaban circunscritos a los límites que señalan en la historia de la música de orquesta, Beethoven y Wagner.

Aquel público madrileño que llenaba la sala del Príncipe Alfonso, poseído del más noble y hondo afán de escuchar y de aplaudir, no aceptaba fácilmente en los programas nombres que no pertenecieran al reducidísimo grupo de las figuras inmortales, reconocidas como géneos por el público y la crítica mundial.

A esta manera de pensar, de tan severa como limitada perspectiva, respondía en cierto modo también la afición más cultivada y distinguida, reflejando igualmente en el repertorio habitual a que se ceñían las audiciones, sin que en estas se advirtiere, sino como rara excepción no muy bien acogida, deseos de renovación en los programas; curiosidad por conocer nombres nuevos en representación de otras orientaciones estéticas, reflejo más o menos vivo, mejor o peor logrado, pero

la Música, organizando este homenaje hacia su ilustre compañero, al que tanto debemos todos cuantos amamos el arte y a su cultivo ferviente y abnegado hemos consagrado nuestras vidas, nuestra voluntad y nuestro entendimiento. Acertada, repito, fué la idea, y de ello es clara prueba la entusiasta adhesión de España entera; del Gobierno; de la Academia de Bellas Artes; de los Conservatorios; Sociedades Filarmónicas y Culturales y cuantos organismos musicales existen en el país.

Los más eminentes artistas extranjeros se han apresurado a adherirse al magno acontecimiento artístico, llenando de frases de entusiasta admiración, en que la sinceridad del pensamiento predomina sobre la vibración del elogio, los tarjetones solicitando su firma y el público español, representado por millares y millares de aficionados, se disponen, igualmente, a celebrar con caloroso aplauso esta hora gloriosa que suena con vibración conmovedora en la historia de nuestro arte contemporáneo.

Pero hay una nota extremadamente delicada en este unánime movimiento de admiración que he deseado reservar para final de este escrito. La Orquesta Filarmónica de Madrid, el eminente organismo que dirige otro Maestro insigne, Bartolomé Pérez Casas, ha pedido a Arbós que como acto de adhesión suya a los actos del homenaje, ocupara el atril del director en una parte de su concierto de mañana jueves.

Esta idea de la soberbia falange filarmónica y de su

soledad, al buscar el merecido y bien ganado descanso, viviendo esos divinos momentos en que el recuerdo se adueña de nosotros, muy bellos panoramas habrán de desfilan ante vuestra memoria conmoviendo vuestra alma; pero no creo que haya alguno que supere en verdad de emoción, en ternura, en delicadeza, y que sea recompensa para vuestro espíritu, como la del sencillo aldeano, sano de cuerpo y sin afanes ni inquietudes, que tornaba a la aldea en la alta noche. «Llevando en su memoria aquellos cantarcillos, más claros para él que el trinar de las aves y el murmullo de las fuentes».

Y antes de terminar, algunas palabras: las más sencillas, pero en verdad, las más hondamente sentidas.

Con la jubilación forzosa del Maestro Arbós, como catedrático de violín del Conservatorio Nacional, coincide la fecha que señala los treinta años de servicios inapreciables a la cultura española del ilustre músico, desde el atril de director de la Orquesta Sinfónica. Lleno de energías, en plenitud de facultades robustecidas por virtud de la experiencia y de la autoridad conquistada en tantos años de trabajos y responsabilidades; así encuentra esta fecha al veterano artista en condiciones aún, — y quiera Dios que por largos años, — de mantener en tensión noble el espíritu de la Orquesta, que con visión profética, tan feliz y acertada, le confió en sus comienzos el gobierno de sus actividades y el desarrollo de sus ideales artísticos.

Plausible ha sido la iniciativa de la Junta Nacional de

reflejo al fin inspirado en ansias de renovación, de otros estados de sensibilidad en consonancia con los ideales y sentimientos de otra época.

A este mandato imperativo de las circunstancias debió su fundación la Orquesta Sinfónica. Del seno de la misma Sociedad de Conciertos, paralizados ya sus trabajos, salieron sus fundadores, nombres todos muy destacados entre los instrumentistas de Madrid; artistas algunos del más elevado prestigio dentro del profesorado de nuestro Conservatorio Nacional, como son: don Francisco González, Yuste, Francés, Torregrosa, Coronel y varios otros.

Vencidas buen número de dificultades iniciales, quedó la Orquesta organizada y pudo celebrar su primera junta, constituida ya, con el más entusiasta y vehemente deseo de comenzar sus ensayos y someterse en el momento oportuno al fallo tan temido, como ardientemente esperado, del noble público de Madrid. Pero no había atriles, faltaban sillas, se carecía de obras y, lo más grave aún, no se disponía de fondos para estas inmediatas e imprecindibles atenciones.

Una modesta aportación individual a que gustosos se sometieron todos los profesores socios, permitió la adquisición de lo más urgente, y ensayando donde se pudo y como se pudo, y sin temer a la inclemencia de la temperatura, en locales desprovistos de toda defensa contra el frío y del más simple y primitivo elemento de confort, pudo llegar la Orquesta a la celebración de su

primer concierto en el Teatro Real, siendo recibida con cariñosas manifestaciones por parte del público y juzgada por la crítica del modo más alentador y lleno de estímulo.

Al preparar la Orquesta su segunda campaña, surge un grave problema: el director que actuara, anteriormente, al frente de ella, se separa de la Sociedad con decisión irrevocable; no hay maestro. ¿Qué puede hacerse? ¿Volver a repetir lo hecho por la extinguida Sociedad de Conciertos, contratando diferentes directores que desfilen ante el público rápidamente, sin que ninguno de ellos permanezca ante la Orquesta el tiempo suficiente para imprimir, aunque poco señalado, un matiz, un leve sello, un rasgo de carácter, de estilo, de sentido interpretativo en el naciente organismo y, menos aún por la rapidez del tránsito, les sea permitido poner en estudio partituras de empeño y de novedad, lo que constituye uno de los mayores afanes de la nueva Orquesta?... No; no es esto lo que desea la Sinfónica.

Ante la gravedad del caso, la Orquesta se orienta, repasa nombres, estudia figuras, todas respetables, pero, acaso ninguna en posesión, en aquel momento, de la suma de cualidades y características que a los planes y programas de la Orquesta convienen y, entonces, aparece en el horizonte la personalidad de Arbós, de la gloriosa figura musical que en estos días festejamos y a la que la Sinfónica, desde ese momento que comentamos hasta la fecha actual, viene unida por lazo espiritual, por

ellas los episodios conmovedores, los pequeños incidentes, reveladores siempre del fino sentido musical de nuestro pueblo! En Barcelona, un año y otro año el público, no satisfecho con aclamar a Arbós y su Orquesta dentro de la Sala, sigue a aquél por la calle, terminado el concierto, aplaudiéndole calurosamente. En Burriana, donde no hay teatro donde celebrar el concierto, se acomoda para el caso un enorme depósito de tablas, destinado habitualmente a guardar naranja. El público llena totalmente el caserón, muy bien decorado por cierto, y cuando se extinguen los aplausos, después de cada obra interpretada, llega desde fuera el eco gozoso de otra ovación clamorosa. Es que las gentes de los pueblos vecinos, por millares, han venido y escuchan como pueden desde la calle a la Orquesta, cuyas notas se filtran suavemente a través de las paredes de tabla.

Frecuente es el caso de gentes humildes que con ardiente deseo de escuchar un concierto, se han puesto en camino y recorrido quince y veinte kilómetros hasta la ciudad, para retornar a la aldea, una vez terminada la fiesta, acompañado en el silencio de la alta noche, como uno decía con voz conmovida, al ponerse en marcha, y la frase es fiel: «por el danzar en la memoria de aquellos cantarillos, que a él le decían con claridad lo que ni las aves, ni las fuentes, lograban explicarle»....

¡Maestro! Mucho habéis hecho por la música en España. Mucho ha alcanzado vuestra fina sensibilidad, vuestro talento y vuestro firme carácter. En vuestras horas de

fónica, señalan la influencia poderosa que la labor continuada y entusiasta de Arbós ha ejercido sobre esta actividad del pensamiento español, tan rico de promesas y aun con orgullo podemos declararlo, de realidades, a las que cada día que pasa mayor atención presta el mundo musical.

En el año 1909 y elegida por la orquesta una Junta que con mayor intensidad desarrollara las iniciativas y aspiraciones comunes del Maestro y de los profesores todos, comienza la mas brillante época de la Sociedad, la más fecunda en provechosos resultados para la cultura musical del país: las excursiones artísticas por todas las provincias españolas. No satisfecho Arbós con la limitación de sus actuaciones musicales a la Capital, y convencido de la necesidad de ensanchar el campo de las actividades de la Orquesta por la nación toda, llevando a los más apartados rincones este noble fruto de puras emociones, del más espiritual concepto y del más desinteresado propósito como es la música sinfónica, inicia como siempre, estrechamente de acuerdo con el sentir de su Orquesta, las excursiones artísticas, verdaderas cruzadas de entusiasmo y de fé, por la cultura y el progreso, que tan provechosas han sido para la sensibilidad y el gusto de los pueblos españoles.

Lamento, en verdad, que la extensión de este escrito y el justificado temor de abusar de vuestra paciencia, me impidan detenerme en el comentario que de aquellas primeras campañas desearía haceros. ¡Abundan tanto en

afecto hondísimo que el tiempo transcurrido no ha hecho si no acrecentar, arraigar con firmeza indestructible, alimentados uno y otro, lazo y afecto, por las inquietudes nobles de la labor diaria, por la conjunción de los entusiasmos artísticos, por la emoción de las sesiones triunfales, por la firme convicción, en fin, de la altísima misión de cultura llevada hacia adelante, sin desmayos.

...Y aceptó Arbós el puesto honroso que la Sinfónica le ofrecía, a trueque de complicar su activa vida de profesor de violín y director de orquesta en Londres; aceptó, a impulso de su noble afecto a España, a la música de España, tan necesitada entonces y, también hoy, apesar de tanto esfuerzo y sacrificio, de tenaces luchadores y resueltos paladines que, con personal convencimiento, fueran imponiéndola a un público desconfiado y receloso. Y, desde aquel momento, confiada la nave a tan seguro piloto, la Orquesta halló su rumbo, orientó su marcha y pudo, paso a paso, desenvolver su artístico programa que, por afortunada coincidencia, venía a ser el mismo concebido, razonado y decidido por Arbós en su retiro londinense, al preparar sus armas para la cruzada en pro de la música sinfónica en España. ¿El programa? Renovación del repertorio e incorporación ponderada y reflexiva de las modernas tendencias musicales a los programas. Apoyo constante a la producción na-

cional en el género sinfónico, totalmente privada de todo auxilio, de todo estímulo y de toda simpatía en aquella época.

Y, por último, mejor dicho, primero y antes que otra cosa,—lo que había de constituir la máxima ilusión del momento para un artista en la plenitud de su vida y de sus ilusiones,—la formación de una orquesta con personalidad definida, con características propias, con cualidades de estilo, reveladas por el tenaz esfuerzo de una labor inteligente y sostenida y por la mutua penetración de una voluntad y de un pensamiento firmemente orientado, que es el director y, la confianza y la adhesión constante, que es lo que la Orquesta ha de poner al servicio de toda labor fecunda y que en este caso, y de ello dan fe los resultados obtenidos, la Sinfónica no ha regateado un solo día al insigne músico que desde el año 1905 la dirige.

He aquí el balance de la gigantesca labor llevada a cabo por Arbós en treinta años de actividad incesante, en cumplimiento del programa antes indicado. Perfección técnica e interpretativa de la Orquesta. Unidad de expresión, equilibrio de timbres, flexibilidad asombrosa en la ejecución, lo que ha permitido llegar a audiciones perfectas, a través de las más diferentes escuelas y estilos sinfónicos. Así lo han declarado, franca y calurosamente, cuando la han dirigido, de paso por Madrid, prestigios mundiales como Ricardo Strauss, Félix Weingartner y Strawinsky, entre otros.

En cuanto al repertorio, empresa fatigosa sería la de citar en estas líneas la lista numerosa de autores y de obras, que desde Bach, hasta Strawinsky, constituye el actual repertorio dado a conocer por Arbós al público de Madrid en los treinta años de su labor renovadora. Entre las obras se encuentra casi toda la extraordinaria producción de Strauss; las de la moderna escuela francesa, con «L'après midi d'un Faune», de Debussy, como punto de partida; la Obra de Brahms, tan poco conocida y aun hoy mismo no gustada cual merece, y Elgar, Scriabin, Strawinsky y otras firmas que me abstengo de indicar por temer fatigar vuestra atención en demasía.

En cuanto a la música española, todos cuantos músicos representaban la iniciación de una escuela sinfónica nacional, en sus variadas modalidades regionales, se han sucedido en los programas de la Orquesta y por ellos continúan desfilando junto a nombres nuevos que cada día surgen, signo elocuente de más abiertas perspectivas, de más dilatados horizontes en el campo de la música española.

Albéniz, con su «Iberia», magistralmente llevada a la Orquesta por la pluma de Arbós; Granados, con sus «Goyescas»; Manuel de Falla, de quien entre otras obras, dió a conocer Arbós sus estupendas «Noches en los Jardines de España»; y Esplá, Turina, Arregui, La Viña y Julio Gómez, y en pos de éstos y más cercana fecha, la nueva generación con nombres y obras como Ernesto Halffter y su «Sinfonietta», estrenada también por la Sin-